

EL FORASTERO ++

CARLOS ORTIZ FAUSTO

Image not found.

Capítulo 1

EL FORASTERO

El tiempo parecía detenido, el calor estival y la poca ventilación acentuaban la mezcla de olores que inundaban el local. El hombre tullido sobre una silla de ruedas, contemplaba inexpresivo su llagada pierna; las moscas revoloteaban y se posaban en la herida. El ciego que le acompañaba rasgueaba una vieja guitarra, con voz chillona susurraba una tonadilla de tintes melancólicos que interrumpía de cuando en cuando, para echarse un trago y espantar las aladas acompañantes que se posaban en sus ojos pitañosos y en los restos de comida. Al fondo, en la última mesa, frente a una botella de aguardiente un hombre viejo miraba fijamente la entrada, apuraba un trago, dejaba el vaso y espantaba las impertinentes volátiles, mientras su mano derecha acariciaba la cachea de un revolver disimulado por el vuelo del chaleco. La escena se repetía una y otra vez.

A la llegada de un forastero, el viejo esbozó una sonrisa, y de pie, con voz pausada dijo:

-Amigo, por fin nos encontramos. Yo me dije *pue'* que la querencia haga el milagro y mire...

Una sonrisa triste y unos ojos llenos de cansancio y desolación, enmarcaron el rostro del hombre, tomó el vaso y dio un largo trago, después, sin mucha convicción se dirigió al viejo diciéndole:

-Vaya pues, don Genaro, tres años *ha*. ¿Cómo le ha *tratao* la vida?

-Pues mire *hay vamos Jalando la yunta*, pero el pendiente con usted no me ha *dejao* dormir, así que ya es tiempo de arreglar nuestros asuntos ¿No cree usted?

El tullido detuvo la mano del ciego para que callara, el cantinero con el temor reflejado en la cara se refugió en la parte más alejada, el ambiente se volvió denso, pesado. El silencio fue roto por el murmullo de los moscardones que subió de volumen hasta volverse irritante. El forastero respondió:

-Parece que por más que no quiera, regreso a las mismas. ¡Ala pues!

Se oyeron tres detonaciones, don Genaro cayó. Del pecho comenzó a brotar un río púrpura. En poco tiempo el cuerpo quedó en medio de un siniestro lago oscuro y espeso, enjambres de moscas se arremolinaban, paraban en las heridas y la sangre, se inclinaban, frotaban sus patas y hundían la cabeza en el viscoso líquido, para después levantarla y mostrar

el rostro y los ojos ahítos del vital líquido como en un ritual sagrado de renovación de vida,

El forastero guardó el arma y llevó la mano al abdomen, la sangre le escurría por entre los dedos, dando traspies salió del lugar. El cantinero tembloroso se empinó una botella, y salió para avisar a la autoridad del pueblo. El tullido, inmóvil, se quedó mirando como de la pierna le escurría un líquido amarillento mientras el ciego retomaba la tonadilla.

Poco a poco fueron llegando nuevas invitadas al ritual. La gran fiesta de las aladas, a la que asistían con trajes de tonos multicolores grises, azules y verdes parecía una tétrica ironía. El zumbido fue aumentando de volumen, hasta hacerse ensordecedor la voz del ciego poco a poco se fue apagando hasta perderse...